

# Mundialización y particularismos

JEAN SAINT-GEOUR

Frente a las múltiples predicciones que surgen a partir de la complejidad de nuestro mundo -el de la globalidad, las redes y la vida urbana-, se vuelve más apremiante la interrogante prospectiva: ¿cómo podrá evolucionar la constitución de este mundo en el transcurso de las próximas décadas?

¿Qué entiendo aquí por "constitución" (siempre hay que definir los términos que uno utiliza, pues en ellos se fundamenta el sentido -contenido y dirección- de la reflexión)? Es la manera en que está compuesto, estructurado, organizado, el conjunto de la humanidad instituida en la sociedad internacional, desde puntos de vista generales y significativos, institucional y político, económico y social, ideológico y psicológico.

Por supuesto, conviene cuidarse de realizar un análisis por separado de estas diferentes partes constituyentes, y eso por lo menos a causa de dos razones: éstas han estado siempre muy ligadas entre sí para producir estructuras de sociedad provistas de una lógica vital, interiorizadas por sus actores y con una relativa estabilidad. El prodigioso desarrollo de las comunicaciones y las redes -sobre todo las teleinformáticas- reforzará y diversificará en el futuro las relaciones entre estas partes constituyentes.

En lo que respecta a los métodos para responder a esta pregunta prospectiva, remito a la explicación que se encuentra en el primer recuadro, el cual enuncia por qué considero útil rehabilitar un enfoque "intuitivo" y privilegiar el movimiento de las generaciones para fijar nuestro horizonte de tiempo. Esto con el fin de abordar de inmediato el punto esencial de mi argumentación: sobre una trama hecha con la extensión y el enriquecimiento de las redes (cuyo elemento central, omnipresente y revolucionario lo constituye Internet), se manifiestan dos fenómenos "pesados" y aparentemente contradictorios (u opuestos): por una parte, la mundialización de un número creciente de actividades y problemas humanos, y por la otra, una fuerte tendencia a la segmentación de nuestro espacio de vida.

## La mundialización<sup>1</sup>

Dentro de la creciente mundialización, podemos observar las siguientes líneas de fuerza que impulsan el movimiento hacia el futuro:

La mundialización de las actividades y de la información, sobre todo en el ámbito financiero y económico<sup>2</sup> que se encuentra bajo la influencia dominante de los mercados.

Los esfuerzos de gestión de nuestro planeta en su conjunto -de nuestra "aldea global"-, ya sea por medio de la adopción de normas y reglas comunes (rebasando los límites de la competencia o asegurando su compatibilidad), ya sea por medio del esfuerzo de "gobernar" "sectores" en escala mundial: medio ambiente, clima, ayuda mutua frente a las catástrofes naturales y ayuda humanitaria, salud, circulación aérea y marítima, telecomunicaciones, etcétera. Existen, en estos terrenos, solidaridades necesarias y, por esta razón, a menudo antiguas; por ejemplo, la meteorología o las comunicaciones físicas; lo cual no impide, de ninguna manera, los intentos de dominio político (en materia de salud y de ayuda humanitaria, por ejemplo) o técnico (como ocurre en el ámbito de las normas y los estándares). Sin embargo, cada vez se acentúan más o aparecen necesidades de gestión

menos tangibles: la educación o la cultura, las disciplinas ecológicas, la seguridad nuclear, la delincuencia, las drogas, la solución de conflictos, la protección de los derechos humanos y el derecho de injerencia, etcétera, apuestas mundiales todas ellas que ofrecen perspectivas inmensas a una mundialización que no se reduzca a la saturación de un modelo económico y financiero único.

Estoy seguro de que estas fuerzas son poderosas y poseen todas las oportunidades de afirmarse en los próximos años.

En primer lugar, los progresos de las técnicas de tratamiento, de comunicación, de simulación son un factor de homogeneización, de dominio y de desarrollo de las relaciones y los intercambios que subyacen en la unificación del mundo. Ellos permiten, además, que aumente la visibilidad sobre el sistema.

En segundo lugar, la gobernancia del ámbito económico y financiero -base fundamental del mundo globalizado- no se basa, en realidad, en el principio liberal del *laissez-faire*, sino en el nivel de la iniciativa y la ganancia individuales, pero ésta tenderá siempre a socializar, como ocurre actualmente, los costos de la regulación del conjunto.

La crisis general desencadenada en 1997 es ejemplar a este respecto. Se persigue la liberación de los mecanismos y se sigue alentando la búsqueda de ganancias por todos los medios -incluida la especulación o la actividad mañosa-, pero el gobierno japonés emprende sucesivos "planes de reactivación" cada vez más costosos y emprende la nacionalización de jacto de buena parte del sector bancario; pero, de nuevo, el Fondo Monetario Internacional agota sus reservas de ayuda sin estar garantizado, de ninguna manera, contra las fugas de capital; pero, coronándolo todo, el sistema federal de la reserva de los Estados Unidos organiza el rescate, a escala planetaria y la administración de capitales a largo plazo (*long term capital management*), aconsejado por dos premios Nobel (Robert C. Merton y Myron S. Señóles) especializados en los juegos financieros...

Tercera razón: el movimiento hacia una mayor globalidad es también un movimiento hacia mayores interdependencias; de ahí el aumento del riesgo sistémico y de los peligros de un derrumbe del conjunto. Más liberal en cuanto a los permisos que se otorgan a los actores -con la ventaja de que desarrolla sus iniciativas-, el sistema que prevalece está, de hecho, objetivamente "socializado" o "colectivizado". Contribuye a ello poderosamente el ejercicio de la democracia en las sociedades cada vez más informadas e instruidas, en la medida en que los gobiernos no pueden dejar de garantizar a los ciudadanos electores una mínima seguridad económica y civil. Desde entonces, las consecuencias de los accidentes alcanzan a la mayoría. No cabe duda de que a partir de ahí se establece una "sociedad mixta", una economía social, con la finalidad de fundar y practicar la regulación para un buen gobierno. El nivel nacional no bastará, evidentemente, ya que, a este respecto, regulación y gobierno de la mundialización implican, desde un punto de vista sistemático, la solidaridad y la acción común a escala mundial.

## La regulación

Podemos formular la dialéctica de esta regulación y de estas acciones comunes de la siguiente manera: regulación y acciones comunes condicionan la vida -y la sobrevivencia- del sistema mundial, tal como éste ha sido constituido por la historia -y sobre todo la historia del siglo xx, que ha transformado más las condiciones de la existencia humana que los dos mil años que lo han precedido-, y se puede intentar una prospectiva. Existen los medios de conocimiento, de comunicación, de construcción de las acciones para llevar a

cabo. Se pueden recoger teóricamente los datos útiles, hacer funcionar las redes, desglosar presupuestos de intervención, etcétera.

Los gobiernos y las poblaciones de los países más desarrollados están cada vez más conscientes de estas apuestas. Los accidentes y las rupturas -por ejemplo, en materia de ecología y de finanzas- los empujan a ellas y vemos aquí puesto en marcha un fenómeno general de nivelación que invierte una tendencia cuando ésta engendra excesos. Se han logrado progresos y son posibles en materia de medio ambiente, de administración de los mares, de meteorología, de administración de las comunicaciones, de ayuda humanitaria. En cambio, el problema de la regulación del mundo globalizado en los ámbitos económico y financiero se encuentra planteado solamente, y existe aún una formidable distancia entre los riesgos que se corren y las instituciones apropiadas para tratarlos.

Y es que aquí son indispensables los acuerdos específicos de voluntades políticas. Continuarán oponiéndose a ellos numerosos obstáculos, que poseen dos elementos constitutivos estrechamente ligados al sistema. Por una parte, la competencia entre los individuos, los grupos y sociedades, los Estados; por la otra, tendencias vivas hacia múltiples formas de segmentación.

La competencia es el motor central del sistema mundializado. En una primera aproximación, es un motor "natural". Impulsa a la iniciativa, al esfuerzo, a la inventiva. Suscita el espíritu de conquista. Pero estas ventajas se encuentran sometidas a condiciones estrictas: la igualdad en la información y la homogeneidad de las situaciones. Además, resulta que para resolver numerosos problemas, según la experiencia y por poco que se supere la terquedad de los prejuicios, la mejor solución radica en la solidaridad y la cooperación.

Sin embargo, la oposición entre competencia e individualismo, por una parte, y cooperación y acción colectiva, por la otra, es difícil de superar en la medida en que éstos son la prolongación de posiciones ideológicas y sociológicas.

Pero mi experiencia me hace pensar que la realidad posee, por el contrario, una casuística de los centros de decisión, de los ámbitos y de las circunstancias. En campos estrechos, específicos -un sector industrial ordinario, por ejemplo-, lo esencial de la acción y de la actividad se coloca sin duda bajo el signo del individualismo y la competencia. Pero si se trata de proyectarse hacia el futuro, por ejemplo para desarrollar una rama que exija inversiones importantes y un vasto mercado, o bien un costoso esfuerzo de investigación, la cooperación, incluso entre quienes son competidores en la vida normal, resulta indispensable.

Incluso en el caso de las bolsas de valores, la competencia basada en la calidad de los servicios proporcionados es un hecho constitutivo normal. Sin embargo, la visibilidad compartida de los riesgos que se corren y la seguridad de una deontología común y practicada son necesarias para el buen funcionamiento de los mercados financieros.

Esto no impide que la competencia posea -si se puede decir- un cerebro de reptil; se sitúa en un estado natural y primitivo. La cooperación y las regulaciones que ésta permite son del dominio de la corteza cerebral, el de la toma de conciencia, la reflexión, las concesiones equilibradas. Las soluciones surgidas de la corteza no se impondrán sino por la vía de los procesos de experimentación, de ensayo y error.

Y esto ocurrirá en mayor medida cuando la invención de los mecanismos correspondientes se presente como necesaria para no dar vuelta (de regreso) en la mundialización-globalización. Ya que no iremos de regreso. En efecto, cualesquiera que sean los defectos de un sistema que privilegia -por ahora- el interés del individuo por encima de las

regulaciones cooperativas dirigidas a lo óptimo en términos colectivos, el costo de esta vuelta hacia atrás sería prohibitivo en términos de enfrentamientos, de protecciones, de intervencionismo burocrático. Es posible que dominemos el movimiento de la balanza. Y esta consideración aumenta las oportunidades de ver que se intente la construcción de un sistema que repose sobre una mezcla conveniente de libertad (de iniciativa) individual y consideración de las exigencias colectivas por las vías de la cooperación y la regulación.

Este escenario, en resumidas cuentas optimista, presupone que una segmentación inducida del sistema globalizado y mundializado (en todos sus componentes y no sólo en materia económica y financiera) no llegue a destruir las líneas de fuerza y de desarrollo. Acaba de decirse que se puede contar con una conciencia de lo que significaría el costo de una segmentación egoísta y protectora de este sistema. Avanza la integración de un cierto número de problemas importantes -salud, finanzas. La construcción de uniones económicas, incluso políticas, fundadas en solidaridades bien exploradas, es un fenómeno actual en pleno curso, ya que parece que hemos rebasado el umbral sin retorno de la curación de las enfermedades de juventud. Más concretamente, en el nivel de los modos de vida de los pueblos, de su consumo, sus diversiones, etcétera, la unificación es una fuerte tendencia a la extensión del modelo estadounidense y la vulgarización de los modernos bienes de consumo. Sin embargo, hay ya en marcha evoluciones en sentido contrario, y éstas se refuerzan.

#### El desarrollo de los particularidades

Los Estados naciones tienden a acentuar la perseverancia de su ser. Incluso si, en cada país, los aparatos administrativos parecen haberse debilitado -pero, ¿es ésta una tendencia segura y perdurable?-, el mundo real está hecho de estos Estados naciones, esencialmente en razón del sentimiento patriótico y particularista -por lo menos en algunos puntos fuertes- de sus pueblos.

A este respecto, no hay que confundir el debilitamiento del Estado como aparato político y administrativo, y la persistencia de naciones independientes y soberanas en el campo internacional. La supranacionalidad es una ilusión superada. Las instancias de regulación especializadas continuarán viviendo muy difícilmente. Y muchas solidaridades mundiales que sostienen acciones internacionales se continuarán organizando bajo la forma de tratados negociados con aspereza, cuya aplicación se vigilará escrupulosamente. Esto ocurrirá en mayor medida en tanto que por una dialéctica paradójica, la segmentación de la comunidad humana opera también en el interior de los Estados naciones, según el desarrollo de las particularidades regionales y locales que poseen especialmente una base cultural y lingüística. Este movimiento parece contradecir a la mundialización, aunque esta oposición es sólo aparente: precisamente debido a que la mundialización y la globalización hacen temer a los individuos, a los grupos, a las colectividades, por una uniformización y una pérdida de identidad, éstos se esfuerzan por afirmarla, reforzar sus raíces, desarrollar las particularidades... y defenderlas, eventualmente por medio de la negativa y la fuerza.

Para calcular y desear una armonización tolerable de estas contradicciones, hay que guardarse aquí de generalizar o conceptualizar a ultranza, y practicar más bien la casuística que corresponde más a la realidad y a la vida.

Creo que es posible combinar espacios de libertad y acciones políticas para conciliar mundialización y diversidad (personal, cultural...) según los ámbitos de la vida. La libertad de elegir, de emprender, de comunicar, de opinar, de divertirse, etcétera, ayuda

poderosamente a la mundialización. De ello se aprovechan las producciones masivas, pero éstas poseen los medios para combinar las características comunes y la diferenciación en función de los mercados (por ejemplo, el automóvil).

Así, tenderá a extenderse una cultura idéntica de consumo de diversiones, de moda, impulsada por la sugestión y el mimetismo surgidos de las redes de propagación de imágenes y palabras. Pero la libertad y los medios de la autonomía (de la persona o del grupo) pueden adecuar los lugares con ámbitos de originalidad, logrando en consecuencia que una parte significativa de la vida de los individuos escape a la estandarización: actividades culturales y creatividad, lengua y folclore, modos de vida y fiestas, tradiciones, juegos, vida familiar. Ya se perfilan nuevas formas de esta existencia dual.

Esta dualidad no es nueva. La historia se ha basado a menudo en dos niveles de existencia: un nivel familiar, clásico o pueblerino, con sus ritos, sus fiestas, su lengua (dialecto, habla), y un nivel más amplio, político, patriótico, administrativo. Hace cien años, el 80 por ciento de la población del suroeste de Francia hablaba las lenguas de oc (o el vasco) en la vida cotidiana, reservándose el francés para las relaciones organizadas, de alguna manera oficiales. La tercera y la cuarta repúblicas tendieron a unir estos dos niveles en uno solo, ayudados por la acción estandarizadora de la sociedad de consumo, a la que ha sustituido, en cierta medida, la mundialización.

Pero asistimos a un retorno de los particularismos activos. El fenómeno se extenderá en la medida en que la segmentación haya entrado, en efecto, a una fase conquistadora, y el absolutismo del principio de libertad le abra una autopista de expansión.

A partir de entonces, podemos discernir cuáles son las mayores apuestas de las próximas décadas, todas las cuales requieren de una obra de conciliación entre fenómenos contradictorios, como nunca antes ha conocido la sociedad humana, de ahora en adelante fragmentada y en movimiento vertiginoso.

Conciliar la libertad y la autonomía individual y las crecientes exigencias (por la técnica, la urbanización, las aspiraciones de vivir mejor, etcétera) de solidaridad y de colectivización. Conciliar la uniformidad impulsada por el imperialismo norteamericano en la mayoría de los terrenos, y el ejercicio de modos de vivir, pensar, crear... diversificados y particulares.

#### Sociedad mundial, pero diferenciada

Conciliar el dominio nacional, político, unitario, de grandes conjuntos territoriales, y la gestión de entidades más limitadas, más cercanas a los problemas de la vida de personas libres y responsables: equilibrio entre el interés nacional -con su peso específico en el concierto de las naciones y su dimensión geopolítica- y las soluciones prácticas al problema de la segmentación: descentralización, federalización, distribución de las competencias, pluralidad lingüística, etcétera.

En este sentido, entramos a una era de negociaciones permanentes entre protagonistas de la sociedad -no exentas, evidentemente, de fases de tensión-, cuyo desenlace depende de una buena comprensión de los niveles de decisión adecuados (comprensión a menudo sesgada por luchas por el poder, pero no sería realista pretender eliminarlas), pero que será poderosamente auxiliada por el desarrollo de la información y la existencia de redes cada día más diversificadas y eficaces.

Para terminar, adelanto un tema general de prospectiva: está claro que el mundo vive una ola de imperialismo norteamericano cada vez más acentuada: modelo de consumo, diversión y cultura (ligados al entertain-ment), finanzas y comercio, etcétera. Todo pasa por

ahí.

Sin embargo, en función del fenómeno de segmentación y por una reacción vital a los excesos fatales de este imperialismo, aparecen resistencias en el mundo entero. La evolución de Europa hacia una economía social (por oposición al *laissez-faire* del mercado omnipresente, bajo el impulso de diversas formas de socialdemocracia), el surgimiento de China y la India como nuevas potencias, la aspiración de la mayoría de los países de América Latina a la autonomía, la subversión del fundamentalismo islámico..., todos estos fenómenos caminan en el mismo sentido.

Podemos vislumbrar un escenario en el que el imperio norteamericano (¿el bajo imperio?) será cada vez más discutido en el mundo, a pesar de su fuerza militar. Esta es cada vez más difícil de emplear prácticamente y con el apoyo de la opinión pública de Estados Unidos, desarrollándose incluso fuerzas en el interior de ese país que la debilitan: las incertidumbres morales de una sociedad materialista, el persistente malestar y rencor de los negros, la conquista subterránea de los hispanos. Así, esta conciliación de elementos de evolución contradictorios, cuya condición para el éxito reside en una práctica renovada de la democracia -es decir, una mejor relación entre los ciudadanos y los poderes- conllevará inevitablemente, tal como lo vemos desde ahora, un posicionamiento en relación con la influencia norteamericana

Artículo aparecido originalmente en *Futuribles* de diciembre de 1999. Se publica en *Este País* con el permiso de esta revista.

Traducción: Ana García Bergua.

Notas

Los subtítulos son de la redacción de *Futuribles*.

¿Pero es mayor que entre 1850 y 1914?

En la práctica, el término de globalización se aplica más bien al hecho de que todas las operaciones financieras se insertan en una trama informática de interacciones (mercados financieros), que irrigan por sí mismas al conjunto de las actividades que en la globalización entran en relación (por ejemplo, la omc).